

LAS IDEAS DEL SEÑOR VERONELLI

por

Juan González del Solar

El señor César Veronelli está convencido de que todo lo que ocurre en su mente ocurre en la realidad. Esta circunstancia, por cierto propia de los seres humanos en algún grado, llevada al punto extremo que presenta el señor Veronelli llega a ser no sólo exasperante, sino también problemática y hasta determinante en sus relaciones.

Por ejemplo, con la novia que por más tiempo tuvo, que nunca llegó a ser su mujer, mantenía diálogos interminables en el trayecto de su casa hacia la de ella, donde efectivamente subía al carro. Si la charla había sido amena, entonces la noche tenía grandes posibilidades; si algo había sucedido de manera inconveniente, entonces sólo había que esperar un desenlace terrible. Tenía toda clase de artilugios para defender su postura, mientras que ella aún no terminaba de comprender el conflicto. Con el tiempo, la evidente incomunicación llevó a la pareja a una quiebra tan absurda como predecible.

Uno de los pasatiempos más agradables para Veronelli consiste en quedarse solo en la mesa de un bar, generalmente durante el almuerzo, y ver llegar, comer e irse a los distintos comensales. De esta manera, puesto que el señor Veronelli es muy fiel a sus costumbres y por qué cambiar de lugar si aquí me atienden bien y es barato, llega con el tiempo a conocer de una manera cercana a la real a quienes comparten el hábito de ir al mismo restaurante. Así fue como se enteró de que quien comía solo y apurado había sido ascendido, puesto que ya no volvió a comer ni tan apurado ni tan solo ni los platos más económicos. Imagina Veronelli que este señor no debe de haber hecho las cosas de manera muy limpia, porque evidentemente la comida le cae

mal y por eso desde hace un tiempo toma un té digestivo después de cada comida. Si bien no habla mucho con los mozos que ya lo conocen, escucha cuanto puede y más desde que lee. Vio a los mismos grupos de personas festejar cumpleaños, despedir a compañeros, presentar a otros, implorar por ascensos, criticar a la señora Vargas (este nombre parece destacarse en el tiempo entre varios muchachos), anillos dorados que llegaron, otros que se fueron, anillos que volvieron. Cada uno de los habituales co-comensales tenía una historia definida en la cabeza de nuestro simpático amigo; era remarcable la capacidad que tenía para adecuar las inobjetables contradicciones que se le presentaban (por ejemplo: el que parecía un solitario deprimido que de pronto se aparecía con un anillo de casado había dejado embarazada a una mina y no le había quedado otra; el que tenía cara de estúpido de repente con camisa y corbata nueva había visto algo inconveniente y le habían propinado un ascenso para que mantuviera la boca cerrada). El ser humano era para él un juguete interminable.

El señor Veronelli discurre largamente con sus amigos y vive las mismas situaciones bajo distintas ópticas y con diferentes variantes. Una vez alcanzada la situación que, entiende, se ajusta más a la justicia (y por esto juzga que todos los actuantes actúen de la manera más lógica y armónica), pues por sobre todo venera lo justo, da por cerrada la escena. Si el señor Veronelli tenía que encontrarse con Mario, Pepe, Cachito y Rubén en un bar y pensaba relatarles su última salida, caminaba desde el trabajo hasta su casa, unas cuarenta cuadras, y armaba una y otra vez las posibles situaciones que podrían presentarse en dicho acto. Una vez allí llegado, de soslayo mi-

raba a sus contertulios mientras se reía una vez más de las suspicacias de Rubén, del escepticismo amoroso de Pepe, del sexualismo salvaje de Mario y del siempre impredecible Cachito, a quien más gustaba imaginar en sus caminatas. Se preguntaba seriamente Veronelli por qué sus amigos se quejaban de su solipsismo (esto descubre que han estado hablando de él, porque sólo Pepe conoce el significado de esta palabra, y fue Mario quien la introdujo de pasada por primera vez y los demás asintieron como si supieran).

El señor Veronelli es fanático del fútbol, deporte que ha dejado de practicar por causa de una rodilla rebelde que eligió por él el destino de su vida al alejarlo de las canchas. Atento a lo antedicho, el señor Veronelli pasó gran parte de sus ratos a partir de la lesión imaginando jugadas y estrategias. Intentó con la carrera de técnico, pero su frustración fue mayúscula cuando un jugador de papi al cual dirigía abandonó un partido porque le dolía el estómago; perdió el partido y fue aquella su última incursión como técnico. Quedaron sólo las jugadas, pero al ser tantas comenzaron a repetirse los actuantes, así que decidió crear un equipo y luego una liga, la cual ganó en varias oportunidades, pero no en los últimos años, porque sus contrincantes conocen ya las jugadas de la estrella de su equipo, él, y se adelantan a sus movimientos cada vez más lentos y predecibles; eso sí, no pasan tres fechas sin que la magia vuelva con alguna jugada memorable que recuerde los tiempos de antaño.

Este personaje ha intentado leer para escapar de sus obsesiones (como él mismo las llama desde que va al psicólogo, quien no lo ha curado, pero sí le ha enseñado a ponerles nombres). Los poquísimos libros que pudo terminar (y esto gracias a una indecible fuerza de voluntad, porque el señor Veronelli se toma muy en serio cada uno de sus embates) no han dejado en él más que historias confusas y más recuerda lo que fue imaginando de los personajes que lo que el autor pensó para ellos. En otros casos, la disociación que se presentaba en la página veinticinco entre ambas versiones hacía insalvable la lectura. Termi-

naba abandonando. Fue así como empezaron sus relatos sobre relatos, historias que creaba a partir de los personajes de los libros que leía. Plasmar en el papel sus conceptos fue finalmente el mejor de los remedios, porque ya se le hizo posible recordar qué estaba pensando algunos segundos antes y, a partir de esta conciencia, podía encastrear sus ideas.

El señor Veronelli ha terminado hace ya un tiempo su libro *Relatos sobre relatos*, el cual ha sido ampliamente trabajado y firmemente estacionado. Aún nadie ha podido darle una ojeada a dicho código y ya ha pasado del año y medio desde su última corrección y más de cinco desde su primera versión. Su psicólogo le ha hecho entender que tal vez el lector de dichos relatos no conozca las historias que los promovieron o, al menos, las que dieron inicio a los personajes: primero trató de convencerlo de lo contrario, luego dio una oportunidad a dicha idea, pero no logró solucionarla, y por último entendió que la culpa era, en todo caso, de esos lectores analfabetos. Olvidó el tema compadeciéndose de su analista. Dice tener algunas ideas nuevas que le van surgiendo a partir de historias que sigue leyendo, pero aún no está convencido y entonces mejor investiga la obra de tal o cual otro, cuyo nombre le han mencionado pero ya no recuerda bien.

Juan González del Solar cursa el último año de la carrera de Letras en la USAL. Escritor, ha publicado un volumen de cuentos, *La recreación del yo* (2000).